



## EL PAPA FRANCISCO, LA GUERRA Y LOS LUGARES SANTOS

por Roberto de Mattei<sup>3</sup> de  
noviembre de 2023

El Papa Francisco, la guerra y  
los Santos Lugares

Hubo gran expectación por el  
sínodo que se inauguró en el

Vaticano el 4 de octubre de 2023, pero tres días después, el 7 de octubre, la atención internacional se centró en Oriente Medio, ensangrentado de repente por el brutal ataque de Hamás a Israel. Este acontecimiento, precedido por la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, ha constituido un nuevo factor de perturbación del delicado equilibrio global, confirmando la existencia de una guerra contra Occidente, que, actualmente, tiene su epicentro en Palestina, la tierra donde el Redentor de la humanidad vivió y derramó Su sangre.

El Papa Francisco se ha pronunciado varias veces para condenar la guerra, pedir la liberación de los rehenes y prevenir la escalada del conflicto. ¿Pero es esto todo lo que se puede esperar del Vicario de Cristo?

El Papa Francisco podría haber aprovechado esta extraordinaria oportunidad para hacer escuchar su voz a los poderosos de la tierra, junto con la de los Padres Sinodales reunidos en Roma. Qué mejor oportunidad para recordar solemnemente que la razón de las guerras, como la de todos los males, reside en la acumulación de los pecados públicos de los hombres; ¿Que las guerras en curso son un castigo por el alejamiento del mundo de Dios y que el único camino para alcanzar la paz es el respeto a la ley natural y la conversión al Evangelio? Pero el Vicario de Cristo debe recordar también que Palestina es la tierra que fue santificada por la vida y la muerte del Salvador, y pedir la protección de Jerusalén y de aquellos Lugares Santos que, junto con la ciudad de Roma, sede de la Cátedra de Pedro, representa el corazón del mundo.

### ***Ley eterna y natural: el fundamento de la moral y el derecho***

La Iglesia siempre ha reivindicado el derecho de propiedad o custodia sobre los Santos Lugares, venerados y destinos de peregrinación desde la antigüedad cristiana. La devoción a los santuarios cristianos de Palestina comenzó con Constantino, quien, después del Concilio de Nicea en el año 325, dio órdenes a algunos de los obispos presentes de que fueran a Jerusalén para identificar los lugares de la Pasión y Resurrección de Jesucristo y construir iglesias. allí. Santa Elena, madre de Constantino, también participó en la búsqueda de las preciosas reliquias. Se construyeron cinco basílicas: la primera en el lugar del Santo Sepulcro, una segunda en Belén sobre la Gruta de la

Natividad, una tercera en el Monte de los Olivos donde tuvo lugar la Ascensión de Nuestro Señor, una cuarta en el huerto de Getsemaní y el último en Nazaret. A San Jerónimo y su grupo de patricios romanos, que se instalaron en Belén a finales del siglo IV, debemos los primeros hospicios y alojamientos para peregrinos. Se inició así un movimiento de peregrinación interrumpido por la dominación musulmana de Palestina que duró, con fases alternas, hasta 1917.

Cuando, en 1071, los turcos selyúcidas conquistaron Jerusalén, se inició un período de persecución contra los cristianos que despertó la indignación de la cristiandad y dio origen al gran movimiento de las Cruzadas, con la intención de liberar el Santo Sepulcro. Al final de esta lucha épica, los franciscanos fueron responsabilizados de la devoción a los santuarios cristianos y de su defensa, preservándolos a lo largo de los siglos a través de innumerables vicisitudes. La misión de los Frailes Menores en Tierra Santa fue regularizada tanto con las dos bulas *Gratias agimus* y *Nuper carissimae* de Clemente VI (1342) como con el pacto entre el rey de Nápoles y el sultán de Egipto Qalāwūn. Los derechos de los católicos fueron confirmados y ampliados durante tres siglos por todos los sultanes de Egipto, interesados en las relaciones comerciales con Europa hasta que Palestina fue ocupada por los turcos otomanos, que restablecieron la opresión. En el mismo período, los monjes ortodoxos griegos se establecieron en Jerusalén. Entonces comenzó una larga e intratable disputa entre el clero católico y los cismáticos orientales, agravada en los siglos siguientes por las pretensiones de Rusia, que afirmaba derechos de protección sobre la religión ortodoxa en todo el Levante.

En 1847, el Papa Pío IX restableció el Patriarcado Latino de Jerusalén, vacante desde la época de las Cruzadas, con la breve *Nulla celebrior*. El 11 de diciembre de 1917, mientras el Imperio Otomano se desmoronaba, el general inglés Edmund Allenby liberó a Jerusalén de la dominación centenaria del Islam. Por respeto a la Ciudad Santa, Allenby y sus oficiales desmontaron y atravesaron a pie la Puerta de Jaffa, acompañados por los representantes militares de Italia, Francia e Inglaterra. La cristiandad se alegró, pero las esperanzas de una completa liberación de Tierra Santa pronto quedaron decepcionadas.

En los años en que nacía el Estado de Israel y se libraba la guerra entre judíos y árabes en Palestina, el Papa Pío XII dedicó tres encíclicas a los Santos Lugares: *Auspicia quaedam* del 1 de mayo de 1948, *In multiplicibus curis* del 24 de octubre **de** 1948 y *Redemptoris . nostri cruciatus* del 15 de abril de 1949.

En la primera encíclica, el Papa recordó que un tema particular afligía y angustiaba profundamente su corazón:

*“Queremos referirnos a los Lugares Santos de Palestina, que han sido perturbados durante mucho tiempo. En efecto, si existe un lugar que toda persona culta debería ser más querido, seguramente es Palestina, donde, desde los albores de la antigüedad, brilló para todos los hombres tan gran luz de verdad, donde el Verbo de Dios hecho carne anunció, a través del coro de ángeles, paz a todos los hombres; donde, finalmente, Cristo colgado en la Cruz adquirió la salvación para toda la humanidad, con los brazos extendidos como si invitara a todas las naciones a la armonía fraterna; y donde consagró su precepto de caridad con el derramamiento de su sangre”.*

En la segunda encíclica afirmó:

*“[S]ería oportuno dar a Jerusalén y sus alrededores, donde se encuentran tantos y tan preciosos recuerdos de la vida y de la muerte del Salvador, un carácter internacional que, en las circunstancias actuales, parece ofrecer una mejor garantía para la protección de los santuarios. También sería necesario asegurar, con garantías internacionales, tanto el libre acceso a los Lugares Santos esparcidos por toda Palestina como la libertad de culto y el respeto de las costumbres y tradiciones religiosas”.*

En la tercera encíclica, Pío XII renovó su llamado a:

*“[L]os gobernantes de las naciones, y aquellos cuyo deber es resolver esta importante cuestión, otorgar a Jerusalén y sus alrededores un estatus jurídico cuya estabilidad en las circunstancias actuales sólo puede garantizarse adecuadamente mediante un esfuerzo unido de naciones que aman la paz y respetar el derecho de los demás. Además, es de suma importancia que se garantice la debida inmunidad y protección a todos los Lugares Santos de Palestina, no sólo en Jerusalén sino también en otras ciudades y pueblos. No pocos de estos lugares han sufrido graves pérdidas y daños debido a la agitación y la devastación de la guerra. Dado que son monumentos religiosos de tal momento, objetos de veneración para el mundo entero y un incentivo y apoyo a la piEDAD cristiana, estos lugares también deberían estar adecuadamente protegidos por un estatuto definido garantizado por un acuerdo 'internacional'.”*

Los planes para la protección internacional de Jerusalén y los Lugares Santos nunca se realizaron y el flujo de peregrinaciones continuó en un contexto de conflicto latente. Hoy, la guerra ha estallado en la tierra donde nació y murió Aquel que fue anunciado por los profetas como “Príncipe de la paz” (Is 9,6), y amenaza con extenderse a Oriente y Occidente.

Pero si Cristo no es proclamado por quienes deberían representarlo y llamar a la humanidad a la conversión, ¿cómo maravillarse si el mundo corre el riesgo de una guerra peor que todas las que la precedieron?

*Crédito de la foto: © SJ Travel Footage – [stock.adobe.com](http://stock.adobe.com)*